

musat.—Pase.—Duvergier de Hauranne.—No quiero ni oír hablar de ese sujeto.—Lamoriciere.—Enhorabuena. Ahora, vamos á las cosas.—Necesito una reforma parlamentaria.—¿Qué absurdo! traeréis una Cámara que nos dará malas leyes y tal vez la guerra.—No pido más de unos cincuenta á cien mil electores nuevos, y, sin que sea esto una gran concesión, es también indispensable disolver la Cámara.—Imposible, no puedo separarme de mi mayoría.—Pero si me rehusa S. M. las medidas que propongo y los instrumentos con que he de gobernar, ¿cómo puedo servirle?—Tendrá usted á Bugeaud por comandante en jefe, que reprimirá el motín, y luego veremos.—Bugeaud aumentará el furor popular.—No, inspirará terror, y el terror es de lo que necesitamos.—El terror sólo es útil cuando se dispone de fuerza suficiente para sostenerlo. Convengamos en esto.—Vaya usted, querido, á verse con Bugeaud, hable con él, reuna á sus ministros, vuelva á verme á las ocho de la mañana y veremos.—Bien, pero nosotros no somos aún ministros.—No, ustedes no quedan comprometidos á nada, ni yo tampoco. Pero cualquiera que sea el arreglo, usted será jefe del ministerio..... Ahora necesito insertar en el *Moniteur* que usted y Barrot son mis ministros.—Pero ¡si no lo somos aún! ¡si tal vez no lo seremos nunca!—No importa, yo necesito sus nombres.—El mío está al servicio de V. M.; mas del de Barrot no puedo disponer.—No pienso decir que ustedes han aceptado, sino que se les ha confiado el encargo de formar gabinete.» El rey escribió de su puño y letra una nota diciendo que el Rey había encargado á los señores Thiers y Odilon Barrot formar nuevo ministerio.

Bugeaud, nombrado comandante en jefe del ejército y de la guardia nacional de París, se trasladó hacia las cuatro de la mañana á su cuartel general, plaza del Carrusel, rodeada á la sazón, en su mayor parte, de tortuosas calles. Acerca del número de tropas disponibles, varían los informes: el ministerio creía tener cuarenta mil; Thiers asegura que no llegaban á veinte mil. De su estado material y moral, Bugeaud dice que «los soldados estaban desmoralizados, habiendo pasado sesenta horas con la mochila á la espalda, los pies en el frío lodo y sin más que tres raciones de galletas, mirando, como indiferentes espectadores, á los sublevados atacar á los municipales, cortar árboles, romper faroles y quemar garitas. La mayor parte sólo tenían diez cartuchos..... Los caballos estaban despeados, carecían de cebada y habían tenido montados á los ginetes más de dos días seguidos». Bugeaud añadía, sin embargo: «Tendré el gusto de matar mucha canalla de esta, algo es algo». Envió tres columnas á ocupar el Panteón, el Hotel de Ville y la Bastilla; pero la tercera fué detenida por los insurrectos en el bulevar Montmartre.

Mientras tanto, Thiers hacía los mayores esfuerzos para formar ministerio. Acompañado de Remusat y de Duvergier de Hauranne, se fué á casa de Odilon Barrot, el cual, al enterarse del nombramiento de Bugeaud y de que el Rey se negaba á disolver las Cámaras, se desalentó. «Si tenemos que captarnos la confianza del pueblo, dijo, no nos embarquemos con el hombre más impopular de París». Thiers le opuso: «Habremos de soste-

ner probablemente una furiosa batalla; no nos privemos de los servicios del primer soldado de Europa». Thiers y Barrot, con los compañeros que habían elegido, tomaron el camino de las Tullerías. Á cada barricada que tropezaban, decían que se había cambiado el ministerio y que se iba á hacer justicia al pueblo. Pero la descarga del bulevar de los Capuchinos había dejado grabada profunda desconfianza, y el pueblo les respondía: «No; se os engaña. El Rey se ha convenido con Bugeaud para ametrallarnos.—¿Qué disparate!, insistía Thiers; nosotros somos ministros, no somos asesinos.—Pero, ¿y Bugeaud? le replicaban». Gracias al ascendiente de Odilon Barrot, que con su sonora voz, su hermosa cabeza y alta estatura se imponía á las masas, lograron salvar las barricadas y llegar á las Tullerías á las diez y media próximamente.

El Rey acababa de levantarse. Thiers le manifestó que todos los ministros aceptaban, y añadió: «Necesitamos una disolución.—Imposible, contestó Luis Felipe: no puedo separarme de mi mayoría, que comprende perfectamente mi política.—Nos es indispensable una reforma.—Lo veremos cuando esta crisis haya pasado. No es de estas eventualidades de lo que debemos hablar ahora. ¿Qué nos toca hacer hoy?—Observe, señor, que nosotros no somos aún ministros, y si lo fuéramos, no somos ministros de represión. Guizot es aun ministro: él y Bugeaud son los llamados á reprimir el motín. Yo no tengo derecho á dar consejos á V. M.—No hablemos de tonterías constitucionales. Usted sabe que Guizot está fuera de juego. ¿Qué debo hacer?—Ante todo, entiendo que Lamoriciere sería un comandante de la guardia nacional más popular que Bugeaud». Lamoriciere, presente al acto, aceptó el nombramiento, bajo las órdenes de Bugeaud, que conservó el mando en jefe. El Rey envió á Bugeaud orden de reconcentrar los soldados en las Tullerías, esperando con esto ganarse á los guardias nacionales y evitar el empleo de la fuerza de línea, que se había hecho muy impopular. Aunque á disgusto, Bugeaud cumplió la orden; mas, al retroceder por los bulevares, la tropa, que marchaba en línea delgada con los cañones á la retaguardia, fué cortada por la muchedumbre, separada de los cañones y desmoralizada, poniendo varios batallones la culata al aire y pasándose al pueblo.

Lamoriciere y Odilon Barrot partieron á dar una vuelta por los bulevares, para ver de calmar á los sublevados. No les anduvo del todo mal entre las Tullerías y el bulevar de los Italianos, donde, al oír á Barrot asegurar calurosamente que se tendría al cabo la reforma y que se iba á entrar en una nueva era, la multitud le escuchaba y aclamaba. Mas, de los italianos en adelante, fueron inútiles sus esfuerzos. En la gran barricada del bulevar de la Pescadería, uno de los que la guardaban gritó: «Te conocemos, Barrot; eres un bravo; defiendes al pueblo; pero te engañan, come te engañaron en mil ochocientos treinta». Un poco más lejos, hirió sus oídos el grito de: «¡Abajo Luis Felipe!», y en la puerta de San Dionisio, tropezaron con una verdadera fortaleza, compuesta de cuatro enormes barricadas, en cuya cumbre flotaban banderas rojas, en vez de la tricolor, ban-

deras de una revolución desconocida. «Los que guardaban esta barricada, dice Odilon Barrot en sus Memorias, sólo respondieron con un silencio de muerte á las aclamaciones de la muchedumbre que me rodeaba». Barrot retrocedió desconcertado. La muchedumbre siguió vitoreándole; pero menudeaban las voces: «¡Abajo Luis Felipe! ¡Abajo Thiers!», y otro grito empezaba á dominar todos los otros. «¡A las Tullerías! ¡A las Tullerías!» Temiendo no poder desprenderse de la muchedumbre que le seguía si volvía á las Tullerías, Barrot torció de rumbo y se metió en su casa.

Thiers había vuelto á ver al Rey. «Señor, la marea sube, sube, exclamó; dentro de dos horas nos habrá tragado á todos»; y le propuso salir de la ciudad, retirarse á *Saint-Cloud*, hacer venir al ejército y reconquistar á París. Luis Felipe se retiró á consultar con la reina y Guizot, y en vez de aceptar lo que Thiers le proponía, decidió presentarse á las tropas. Salió á caballo, avanzó hasta la plaza del Carrusel, donde los guardias nacionales le recibieron al grito de ¡Viva la reforma! y cruzaron sus bayonetas encima del caballo. Luis Felipe respondió: «Está concedida». Pero esta acogida le desconcertó visiblemente; se paró de súbito, y regresó á Palacio, diciendo á Thiers: «Lo veo claro; todo ha concluido».

En efecto, la revolución avanzaba de hora en hora, de minuto en minuto. Los insurrectos se habían enseñoreado del palacio del pueblo, del *Hotel de Ville*, y comenzaban á converger de todos lados hacia las Tullerías. En la plaza del Palacio Real había un depósito de agua, cuyo edificio, especie de pequeña fortaleza, servía de cuerpo de guardia y hallábase ocupado, á la sazón, por dos destacamentos de guardias municipales y de infantería de línea. Por una casualidad, entre las muchas que hubo en estas jornadas, quedó olvidada allí aquella fuerza, aislada en medio de la muchedumbre, y á consecuencia de disparos, salidos no se sabe de donde ni por qué, se trabó una lucha desesperada entre el pueblo y los soldados encerrados en el depósito, sin que pudieran cortarla los generales Lamoriciere y Perrot, á pesar de lanzarse entre los combatientes con riesgo de su vida. Este combate, único ocurrido en toda esta revolución, acabó de exasperar á las masas armadas y disipó la última esperanza de una transacción.

En las Tullerías, hallábase rodeado Luis Felipe de varios diputados de la oposición. De pronto entró Cremieux: «Acabo de recorrer gran parte de París: no está aún todo perdido; el pueblo no aceptará á Bugeaud ni á Thiers; pero recibirá con aplauso un ministerio Barrot, con compañeros de la izquierda, y á Gerard por comandante en jefe.» —«En nombre del cielo, señor, dijo Thiers, haga V. M. la prueba.» Luis Felipe cedió firmando el nombramiento de Barrot y del general Gerard, pero no hubo tiempo para darle á conocer. Un mensajero, que venía á traer á Thiers noticias de su familia, manifestó que la muchedumbre iba á llegar y que no quedaba más que un sólo recurso, la abdicación de Luis Felipe, con la que tal vez se salvaría el trono para el conde de París.

El Duque de Nemours, acercándose al Rey, le dijo: «Se opina, señor, que es necesario un terrible sacrificio.—¿Mi abdicación? Estoy pronto á entregaros el Gobierno.—Temo, respondió Nemours, que este sacrificio no sea bastante; soy más impopular que V. M.; debe encargarse de la regencia la Duquesa de Orleans.» Luis Felipe discutió breves instantes con sus dos hijos; luego pasó al salón de la reina, donde acompañaban á ésta las duquesas de Orleans, de Nemours y de Montpensier, sus hijos, las damas de honor, Guizot y Broglie. Se produjo una escena conmovedora de llantos y suspiros; luego, Luis Felipe volvió á salir con las damas de la familia real, y se sentó. La Duquesa de Orleans exclamó: «No abdiquéis, señor, la corona; es demasiado pesada para nosotros; sólo V. M. puede llevarla.» En la antecámara se oía gritar: «¡La abdicación! ¡La abdicación!» La Reina, inclinándose hacia Luis Felipe, le abrazó: «No merecéis vosotros, exclamó, tener un rey tan bueno.» Por último, cediendo á las instancias de los presentes y del Duque de Montpensier, Luis Felipe se decidió y escribió: «Abdico esta corona, que la voluntad nacional me llamó á ceñir, en favor de mi nieto el Conde de París. Ojalá salga airoso en la ardua tarea que le cae hoy.» «Eran las doce y cuarto, dice Garnier Pagés. Á las diez, Luis Felipe declaraba que jamás consentiría en disolver la Cámara; á las once, exclamaba que no se obtendría su abdicación sino con su vida; á mediodía, ya no reinaba.»

No hubo tiempo de publicar la abdicación. Los insurrectos habían pegado fuego al depósito de agua y llegaban en tropel delante de las Tullerías. Cremieux volvió jadeante á decir al Rey que el pueblo iba á invadir el palacio. Luis Felipe se vistió de paisano y, con la reina y la familia real, salió por una puerta secreta en dos carrozas, escoltadas por un pelotón de coraceros. Quedáronse la duquesa de Orleans, sus hijos y el duque de Nemours. Las tropas se dispersaron y la muchedumbre penetró en las Tullerías sin resistencia, haciendo añicos el trono y echando por las ventanas los muebles reales, mas sin que sustrayese un solo objeto. La duquesa de Orleans y sus hijos abandonaron á su vez las Tullerías, encaminándose, por consejo de su secretario, al palacio de Borbón.

Mientras tanto, en una de las oficinas de la Cámara de diputados, Marrast y algunos otros republicanos conferenciaban con Lamartine, el cual declaró que la monarquía estaba gastada y que la regencia de una mujer no duraría tres meses. «Francia, añadió, es mucho más democrática de lo que se cree, y ya no puede ser más que esto. Hay que establecer algo definitivo.» Animado con esta declaración, Marrast se fué corriendo á la redacción de *El Nacional*, donde se discutía acaloradamente qué uso debía hacerse de la victoria. Manuel Arago, hijo del sabio ilustre, propuso que se estableciese un gobierno provisional, lo que Marrast, al llegar, aprobó con viveza, declarando que la república existía ya de hecho y de derecho. En seguida formaron la lista de los que habían de componer el nuevo gobierno, los cuales fueron aclamados por la multitud agrupada delante del edifi-

cio, y partieron para el palacio de Borbón, adonde llegaron casi al mismo tiempo que la duquesa de Orleans.

Ésta, al entrar en el salón de sesiones, fué vitoreada por la mayoría y proclamada regente en nombre del conde de París. De la izquierda salió el grito de «¡Gobierno provisional!» grito que repitió la muchedumbre armada que empezó á invadir el salón. El presidente tuvo el mal acuerdo de suspender la sesión, «hasta que la señora duquesa de Orleans y el nuevo rey se hubiesen retirado.» «En nombre del pueblo que representáis, pido que os calléis,» dijo Ledru-Rollin á la muchedumbre, y protestó de la regencia, declaró que la lucha seguiría en las calles si la mayoría de la Cámara intentaba mantener aquella nueva usurpación de los derechos del pueblo, y propuso un gobierno provisional nombrado no por la Cámara, sino por el pueblo. Lamartine habló á su vez: elogió «al pueblo glorioso que había combatido durante tres días para derribar un gobierno pérfido,» y pidió «un gobierno provisional, que adoptase las medidas necesarias para convocar al país entero y consultarle.» Fué interrumpido el orador por nueva oleada de gente armada, que penetró al grito de «¡Abajo la Cámara! ¡Fuera diputados!» El presidente levantó la sesión y desapareció; siguiéronle la mayor parte de los diputados, quedando en el salón no más que algunos de la izquierda. La duquesa de Orleans, viéndolo todo perdido, se fué también con sus hijos. Imposible entenderse. Se hizo subir á Dupont de l'Eure al sillón presidencial, y después de muchos esfuerzos para dominar el tumulto, se leyó la lista formada en la redacción de *El Nacional*, respondiendo la muchedumbre á cada uno de los nombres, ya con aclamaciones, ya con protestas. Por tan singular proceso fueron nombrados individuos del nuevo gobierno los diputados Dupont de l'Eure, Arago, Lamartine, Ledru-Rollin, Cremieux, Marie y Garnier-Pages. Terminado el acto, todos se marcharon al *Hotel de Ville*, quedando vacío en un cerrar de ojos el palacio de Borbón.

Así acabó la dinastía de Orleans, la monarquía burguesa. Luis Felipe fué su primero y su último rey. La revolución que la derribó, por nadie prevista, que marchó al impulso de fuerzas sociales inconscientes moviéndose allende la esfera de la voluntad humana, es elocuentísimo ejemplo de la inestabilidad de las instituciones políticas cuando no arraigan en la organización social. Veamos ahora cómo se constituye el nuevo estado de cosas.

La redacción de *La Reforma* no quiso ser menos que la de *El Nacional*. Reunidos en ella los republicanos socialistas, modificaron la lista formada en *El Nacional* introduciendo en ella los nombres de Flocon, secretario de *La Reforma*, Luis Blanc, autor de la *Organización del trabajo*, Alberto, obrero mecánico, jefe de la sociedad secreta de las *Estaciones*, y confirieron á Caussidiere la prefectura de policía y á Ernesto Arago la dirección de las comunicaciones. Acordado esto, se marcharon también al *Hotel de Ville*.

Inmensa muchedumbre ocupaba el palacio del pueblo. Los consejeros municipales habían redactado, para evitar la efusión de sangre, una proclama anunciando la abdicación

de Luis Felipe, que la multitud rechazó gritando: ¡Abdicación, no! ¡Destitución! ¡República!—¿Queréis la República?, preguntó Garnier-Pages; pues hay que organizar el poder». Se le respondió proclamándole alcalde de París. En esto llegaron los individuos del gobierno provisional, que fueron aclamados al entrar en el salón, y se retiraron á deliberar en una habitación separada. Distribuyéronse los ministerios, aceptando Dupont de l'Eure la Presidencia sin cartera; Lamartine, el ministerio de Negocios extranjeros; Ledru-Rollin, el de lo Interior; Cremieux, el de Justicia; Marie, el de Trabajos públicos; Arago, el de Marina, y dándose, de fuera del gobierno, el de Instrucción pública á Carnot; el de Hacienda, al banquero republicano Goudchaux, y el de Comercio, al abogado Bethmont. El de la Guerra quedó sin proveerse. Se confió al general Bedeau el mando de la primera división militar, y al diputado Courtais el de la guardia nacional de París. Inmediatamente, pusieronse los ministros á deliberar acerca del carácter del nuevo gobierno, siendo interrumpidos á las pocas palabras por la llegada de los representantes de *La Reforma*, Marrast, Flocon y Luis Blanc, pidiendo formar parte del ministerio. Se los admitió con el título de secretarios. Acerca de la deliberación entablada, se acordó la fórmula: «El gobierno provisional quiere la República, á reserva de que la ratifique el pueblo, que será enseguida consultado», y conforme á esta declaración, se aceptó el título de «Gobierno provisional de la República francesa», que fué oficial desde el veinticinco de Febrero.

En situación bien extraordinaria se inauguraba el nuevo gobierno. Elegido por un puñado de ciudadanos bajo la presión de la necesidad, carecía de base, de punto de apoyo, y se hallaba frente á problemas más profundos y oscuros que los del noventa y tres. Nada se había dispuesto. En vez de haberse desarrollado, el espíritu público había retrocedido, ó por mejor decir, se había desviado. Los obreros y algunos de los burgueses habíanse pasado de las ideas políticas á las socialistas, y seducidos por esperanzas vagas é indefinidas, soñaban en una sociedad nueva. El nombre de república significaba para ellos no la libertad política, con la igualdad de derechos y la dirección democrática del poder y de las leyes, sino la igualdad social, decretada desde arriba y organizada de repente, por una ú otra de las cien utopías que flotaban en el horizonte de las ideas. La población rural odiaba la legitimidad, que le recordaba el antiguo régimen; era indiferente con la monarquía de Julio, el gobierno de los grandes burgueses; había aprendido á temer el nombre de república, que le traía á la memoria el Terror, y lo que amaba de la revolución, á la que lo debía todo, atribuíalo al «gran hombre, á Bonaparte, á quien no se había cesado de encomiar, por oposición al clericalismo de la rama primogénica y á lo que se llamaba *rapacidad* de la rama segunda. Los campesinos eran bonapartistas, y á estas mismas ideas, fáciles de conciliar con el socialismo, se inclinaban no pocos obreros. «Ciego vuelo de los unos hacia un porvenir indefinido ó imposible, dice Martín; ten-